

**Me gustaría contaros una historia fascinante, una historia de drama, de celebración; una historia de injusticias, de trabajo duro; una historia de amor. Me gustaría contaros una historia de toda una vida, en concreto, la vida de mi abuelo Juan García Hernández. Él ha sobrevivido a una dictadura, al hambre, ha sido un niño de la posguerra; un alumno sobresaliente en su tiempo, que estudió todo lo que le dejaron y ha trabajado todo lo que ha podido y más. Es el que conquistó a la más guapa e inteligente de las mujeres, mi abuela. Ha sido padre de familia de tres hijos y abuelo de siete nietos. Un superviviente en toda regla.**



**Es por ello que me gustaría contaros esta historia que, aunque sea de mi abuelo, ahora también es un poquito mía.**

## **FAMILIA**

Me llamo Juan García Hernández y nací en Villena el 29 de enero de 1938. Mis padres fueron Manuel García y Trinidad Hernández Menor. A mi padre no llegué a conocerlo porque se lo llevaron a la guerra y falleció allí, en 1939, en la batalla del Ebro que se libró en Teruel.

No tengo más noticias de él, pero sé que están sus restos en el Valle de los Caídos. Mi madre, al enterarse de la muerte de mi padre, cayó enferma y se fue con su madre, es decir, mi abuela Virtudes que vivía en las Sierras Salinas. Yo, por aquel entonces, era pequeñín, tendría 2 ó 3 años y me fui con ella a la casa de mi abuela; cuando ya se puso más grave, se la trajeron a Villena y vivió con su hermano Pedro Hernández Menor, al que llamábamos tío Pere, y su mujer, Ana Tomás Perpiñán, en la calle Cristóbal Amorós en el nº 81, con



quien también vivía mi hermano Vicente García Hernández. Finalmente, mi madre murió en el año 1941. Esta fecha la obtuve hace un año aproximadamente; hasta ahora no sabía nada. En la lápida de mi madre pusieron una foto en la que salían mi padre y mi madre y la fecha de fallecimiento de los dos. Aquella lápida se perdió y la fecha de fallecimiento de mi padre no la sé. En el certificado de defunción de mi madre, además de lo que ya he dicho, ponía que había muerto de pena y, seguidamente, de Tuberculosis ósea (mal de Pott).

*Manuel García y Trinidad Hernández*

*(Mis padres)*

De mi abuela materna tengo algún recuerdo; en cambio, de mi abuelo materno, que también vivía en aquella época, no tengo ninguno. A mis abuelos por parte de padre no llegué a conocerlos, solamente supe a los diez o doce años que mi abuelo paterno había muerto y fui a su funeral, pero no tengo más recuerdos suyos.

## **NIÑEZ**

### **Sierras Salinas y Carboneras**

Me quedé en las Sierras Salinas con mi tía Josefa, hermana de mi madre, pero para contar mi historia en las Sierras Salinas primero tengo que narrar la historia de las propias Sierras Salinas, un terreno que en aquella época el gobierno decidió aprovechar haciendo unas parcelas para dar faena a los trabajadores del campo. Hicieron, aproximadamente, 40 parcelas y cada una tenía su casa construida, su aljibe, etc; todos estos lotes se los adjudicaron gratis a personas que podían demostrar que tenían mucha descendencia y familiares para ocuparse del terreno; a nosotros nos lo dieron porque mi abuelo tuvo tres mujeres y, en total, 12 ó 13 hijos, por lo que no dudaron en

concedérselo. El nuestro era el lote nº 34. Estaba en pleno monte por lo que teníamos mucho más trabajo que una familia que lo tuviera en un terreno llano. Incluso, había un economato en el que se vendían herramientas, semillas,... Cuando cogían la cosecha, los trabajadores bajaban a Villena y la vendían para ganar dinero, del cual no se gastaba mucho en comida porque todo lo producían ellos.

Había una bodega donde se llevaba la uva para producir vino y en las casas se criaban animales: cerdos, gallinas y conejos; el trigo que cultivaban lo llevaban al pueblo y, posteriormente, se traían la harina para hacer pan; todas las casas tenían horno de piedra para esto. En el hogar los recipientes que tenía cada uno dependían de la economía de cada familia. Por ejemplo, nosotros teníamos ollas de barro (las de porcelana eran para los pudientes), sartenes, cubiertos, etc.

De la Sierra al pueblo en carro se tardaban dos o tres horas aproximadamente, por lo que los viajes se hacían cada semana o cada quince días. Yo estuve viviendo allí hasta los cinco años, durante los cuales no fui a la escuela, pues conllevaba bajarme todos los días a Villena y ninguno de los trabajadores tenía tanto tiempo libre como para hacer cuatros o seis horas diarias de carro para bajarme y subirme; me llevaron solamente un par de días durante los cinco años. Tampoco recuerdo mucho más de aquella época. En la Sierra mis tíos y mis primos se dedicaban a podar pinos, separaban la madera y la llevaban en el carro hasta el pueblo para venderla. Si se vendía todo el contenido del carro, se ganaba, en total, unos dos duros aproximadamente y la madera la solían usar para los hornos de leña del pueblo.

Aquella casa de la Sierra estaba a nombre de mi abuela y esta, al morir, se la dejó en el testamento a mi tío Juan. Él me tenía mucho aprecio de pequeño y al fallecer me dejó todos sus bienes, entre ellos, la casa de la Sierra. También heredé su carro y su mula, que, posteriormente, vendimos y el dinero que conseguimos lo ingresamos en dos cartillas en el banco. Yo me quedé una y la otra se la di a mi hermano. Por otro lado, la casa la pusieron a nombre de los dos.

Después de estar en las Sierras Salinas, nos mudamos a una casa en el Hondo de Carboneras, situado a los pies de la Sierra de Salinas. Entre las casas rurales de la zona, destaca por encima de todas, la denominada “Casa Grande”. Nuestra casa estaba a 1 km de la “Casa Grande” de Carboneras y de la ermita. Nos mudamos a ese lugar porque pusieron a mi tío Pepe de capataz de una finca. Allí al “aniaguero” o capataz de otra finca, es decir, al encargado de gobernar y pagar a los empleados de la finca, lo llamaban *el Zorro*. No sé cuál sería su nombre real, pero todo el mundo lo llamaba de esa manera. Pertenece a una familia de albañiles y siempre venía con sus dos hijas, las cuales para mí eran “señoritas”; entonces, fue cuando descubrí el pescado, ya que el *Zorro* nos lo traía de vez en cuando. Recuerdo que cada vez que nos lo conseguía mi tía hacía mucha comida y lo celebrábamos por todo lo alto.

De allí, me llevaron al pueblo con mi tío Pedro y mi tía Ana que eran los que durante todo este tiempo estuvieron cuidando de mi hermano, del cual hablaré con detalle más adelante.

Con el paso del tiempo la población fue abandonando la Sierra, ya que todo se fue modernizando. Esas casas eran de monte, no tenían electricidad ni agua y, además, estaban muy lejos de Villena. La gente comenzó a trabajar en fábricas del pueblo; incluso, muchos de los colonos se empobrecieron, pues se compraron enseres que no podían abonar, lo que provocó que el economato del que hablábamos antes se arruinara porque la gente no podía pagarles; a otros se los llevaron a la guerra y murieron allí. Las casas se fueron abandonando, pero los terrenos seguían siendo nuestros, por lo que la casa, junto con todo lo que había dentro y la cosecha que proporcionaba la tierra, nos pertenecía, aunque no viviéramos en ella. Fue pasando el tiempo y me enteré de que, un día, un guarda de campo de Yecla comenzó a derribar las casas de los colonos para hacerse con la madera sin avisar a los propietarios. Desde entonces las casas están derribadas y en las que actualmente siguen en pie está prohibido vivir o arreglarlas. Si lo haces, te imponen una multa económica. Pocas personas lo han intentado, ya que, como he dicho antes, esas casas no tienen cañerías ni agua ni electricidad, por lo que no merece la pena.

Como ya he mencionado con anterioridad, a los cinco años me trajeron a Villena con mi tío Pedro Hernández García, hermano de mi madre, y su mujer, Ana Tomás Perpiñán. En la calle Cristóbal Amorós, por aquel entonces, prácticamente todas las casas tenían entrada para carro y un corral; el retrete estaba en el corral y la puerta del retrete era un saco colgando; aquí sí que había agua potable, pero solo durante una hora al día, por lo que teníamos que ir a la fuente a diario para coger agua para la comida o para asearnos. Entonces,



fue cuando comencé a vivir con mi hermano, ya que hasta el momento habíamos estado separados. Ambos sabíamos que teníamos un hermano, pero yo no recuerdo verlo hasta que me mudé al pueblo. Después de esa casa, nos trasladamos a la calle la Arena y conseguimos aquel hogar porque mi tía Anica tenía dos viviendas en el Rabal y las vendió a cambio de que nos la dieran. Viví allí hasta que me casé.

Por otro lado, mis tíos de las Sierras Salinas, mi tío Pepe y mi tía Josefa, tenían un hijo, Juan, que, al irse a realizar el servicio militar, les dijo que si tenía que volver a residir en la Sierra, no regresaría; así que se mudaron a Villena cuando su hijo terminó de hacer la “mili”. Ellos vivían en la calle La Rambla, en el Rabal, y tenían animales.

### **Vida cotidiana**

En aquel entonces, si no todas las casas, la gran mayoría tenían pozo en el patio para no tener que ir a la fuente todos los días, y un sumidero para que, cuando lloviera, se colara el agua. En las casas, también se acostumbraba a criar animales. Nosotros criábamos cerdos, conejos y gallinas; al tener animales no sobraba nunca nada de comida: lo que no se comían los conejos,

se lo comían las gallinas o los cerdos, todo se aprovechaba. No teníamos aseo en la casa como lo conocemos ahora, ya que no había cañerías. Usábamos el retrete cuyos deshechos se sacaban con la basura. Al sacarla había que asegurarse de que en la calle no hubiera ninguna mujer dando a luz, ya que esta podía provocar infecciones en la madre. Si había alguna mujer de parto, no podía sacarse hasta que terminara. En muchas ocasiones, la basura del retrete la usábamos como abono mezclado con paja.

Me acuerdo de cuando se hacía el racionamiento. Al recoger una cosecha, se tenía que llevar al ayuntamiento para que lo racionaran, para que los que cosechaban trigo no comieran solo trigo. Todo el mundo tenía una cartilla. En nuestra casa conseguimos tener cuatro, una para cada uno. Esa cartilla la presentabas en un determinado sitio para que te dieran la comida que te correspondía del racionamiento; las cartillas solían valer para un año y eran de un color amarillento. Era la vida que había entonces. Para tener harina teníamos que llevar el trigo y que nos dieran la harina. Para hacer el pan teníamos que ir al horno del pueblo. En casa no teníamos horno ni frigorífico. Teníamos luz, aunque, de vez en cuando, se fundían los plomos y los cambiábamos entre mi hermano y yo, porque mi tío ya estaba muy mayor. La luz era de 125 voltios.

Las calles de Villena eran de tierra. Recuerdo que cuando llovía se hacían muchas ramblas de agua y al día siguiente tenían que ir unos carros del ayuntamiento cargados de tierra -que normalmente cogían de las vías- para tapar las ramblas. Las calles se asfaltaron durante los años sesenta y las mandó pavimentar el alcalde de entonces que se llamaba don Luis García Cervera. El asfaltado de las calles, al igual que el alumbrado, lo pagamos entre todos: según los metros de fachada que tenías, pagabas más o menos. En nuestro caso, al tener una casa que hacía esquina tuvimos que pagar bastante.

### **Escuela**

Al mudarme al pueblo me apuntaron al colegio de los Salesianos. En aquel momento el colegio era hasta los trece años y yo entré con cinco. Los tres primeros años te formaban en la Educación Primaria; había un cuarto año que

se llamaba “Ingreso”, y, luego, teníamos tres años más que se llamaban “Comercio”. Así pues, estuve siete años escolarizado.

El primer año, me acuerdo que nos hacían realizar unas rayas en el papel a las que llamaban “palotes”. Poco a poco, fui subiendo las notas, se me daba muy bien estudiar y me llegaron a dar un premio por ello. Todos los meses nos reunían a los alumnos en el teatro de los Salesianos para darnos las calificaciones del mes, pues en aquella época las notas se entregaban mensualmente. Recuerdo que las decían en alto: nombraban al alumno, este se levantaba y le decían sus resultados delante de todo el colegio. En los más pequeños el suspenso era el 5 y de ahí para abajo no había más números; en los mayores sí que se puntuaba desde el 0 hasta el 10. El 5 era aprobado.

Todos los jueves por la tarde nos íbamos con el maestro de paseo. Nos íbamos a pasear por el pueblo, pero, generalmente, solíamos hacerlo por el campo; si durante esa semana había alguna fiesta y era en un día que tuviera la letra “r”, suprimían el paseo; si la fiesta era en lunes, jueves o sábado, no se suprimía el paseo. En verano, por el calor, acostumbraban a hacer media hora de siesta antes de empezar las clases. Los sábados eran días de entre semana igual que los martes o los miércoles; el único día de fiesta era el domingo. Las clases no eran como ahora, no había calefacción ni nada, incluso, nos salían “sabañones” del frío, ya que el invierno era más fuerte. Los sabañones eran como una especie de hinchazón producida por las bajas temperaturas que nos salían en las orejas, en los dedos, en los pies, etc. Producían mucho picor.

Los más pequeños escribían con lápiz y los que éramos un poco más grandes ya escribíamos con tintero.

Mi hermano era mayor que yo, por lo que iba una clase más adelantada. Él repitió el cuarto año, el que se llamaba “ingreso”, y, a partir de entonces, fuimos a la misma clase. Para llegar al colegio teníamos que cruzar una rambla y se entregaban puntos para los que antes lo hicieran. A final de curso, con esos puntos, te podías comprar objetos útiles; en una ocasión recuerdo que conseguí unas botas. En verano nos llevaban a clase con don Ángel o don Joaquín, que impartían clase en su casa para quienes quisieran ir.

Entrábamos a clase todos los días a las ocho de la mañana; de ocho a nueve era una hora para estudiar y a las nueve, cuando tocaba la campana, nos bajábamos todos a la iglesia y hacíamos misa diariamente. En la iglesia había un coro para cantar al cual pertencí durante un tiempo. Después de la misa, teníamos el almuerzo.

En los tres últimos años, a los que llamábamos “carrera de comercio”, estudiábamos: Gramática, Aritmética, Geometría, Geografía, Historia de España, Historia Sagrada, Álgebra y Taquigrafía; todas estas asignaturas estaban en un mismo libro. Aparte, el último año, teníamos otro libro de Francés.

Los domingos se hacía cine o teatro; generalmente, entre los jóvenes triunfaba más el cine.

Yo solía salir en los teatros que organizaba el colegio. Las representaciones teatrales eran una serie de obras que llevábamos a cabo nosotros y que



interpretábamos, sobre todo los mayores, en el teatro para el resto del colegio (posteriormente, en alguna ocasión, también, he hecho un par de obras de teatro con los antiguos alumnos Salesianos). En Navidad se solía hacer una obra en la que aparecía el diablo y recuerdo cómo

hacíamos las llamas del infierno: con un bote lleno de resina de pino picada con agujeros en un extremo. Debajo tenía un tubo largo con una vela encima del bote. Cuando soplabas por el tubo, el polvo de la resina salía y se prendía con la llama de la resina.

El vestuario no era muy rico, ya que eran los años de la posguerra. Teníamos muchos uniformes de soldados que la gente donaba al colegio y solíamos hacer muchas escenas de militares, de guerra, etc. También fusiles rotos que usábamos como *atrezzo*.

Por ir al teatro se cobraban 25 céntimos de peseta, por lo que con un céntimo de ahora podías comprar seis entradas y aún te sobraba dinero. Me acuerdo que en mi casa me daban algo de dinero para ir al teatro o a la sesión infantil de cine, que se realizaban los domingos a las cuatro de la tarde en el Teatro Chapí; las entradas eran un poco más caras, valían 30 céntimos de peseta. En aquel entonces sí que dejaban comer en el teatro y nos comprábamos pipas o un membrillo.

Además de estar en el grupo de teatro, también participé en el grupo de gimnastas, por un lado, y por otro, en el de cantores del colegio en el que nos dedicábamos a cantar en las misas. Con este grupo salíamos en las procesiones y en algunos desfiles. También estuve una temporada con un grupo de jóvenes que ayudábamos a hacer misa.

### **Trabajo**

Terminé el colegio a los trece años, aproximadamente. Estuve un año sin ir a la escuela porque empecé a trabajar para llevar dinero a casa, pero iba por la noche a una clase que daba don José María Soler, “el arqueólogo”; también hice ese año un cursillo para ser jefe de escuadra o jefe de empresa.

Mi hermano se salió antes del colegio y, en cuanto lo hizo, le compraron una azada y empezó a trabajar en el campo con mi tío y, de vez en cuando, lo llamaban para hacer algún trabajo. Él tendría trece o catorce años cuando terminó sus estudios. En cambio, yo empecé a trabajar a los quince años recién cumplidos en un taller donde había más de veinte trabajadores y me encargaba de elaborar el parte en el que figuraba lo que habían hecho durante su jornada laboral y las horas empleadas para luego poder cobrarle al cliente, porque se cobraba por horas. También hacía las nóminas de los trabajadores y les calculaba lo que les tocaba cobrar a cada uno al mes. Recuerdo que si trabajaban los seis días, se les contaba el domingo entero, pero si solo trabajaban cuatro o cinco días no se les pagaba nada por el trabajo. Al mes los trabajadores tenían puntos también para el sueldo dependiendo de si estaban casados o no, los hijos que tenían, etc. y esos puntos salían a x pesetas por punto. El primer mes que trabajé me pagaron 150 pesetas. Estuve en esa empresa, *Talleres Martínez*, hasta que hice el servicio militar y cuando volví

seguí trabajando en ella hasta el año 1971. Antes de irme a la “mili”, además de trabajar por la mañana en estos talleres, estuve en una fábrica de calzado por la noche. Entraba a las 21.00 h y me encargaba de llevar la contabilidad de la empresa. Fue aquí donde conocí a mi actual mujer, Virtudes María. Ella estaba trabajando también allí y, al poco tiempo, empezamos a salir juntos. Por aquel entonces, yo contaba con 20 años y ella 16. Estuve en dicha fábrica hasta que me fui a hacer el servicio militar. Sin embargo, cuando regresé a Villena, esta había cerrado.

### **Servicio Militar**

Me fui a hacer el servicio militar a los 22 años. Normalmente, los jóvenes se iban a los 21, pero mi cumpleaños es en enero y me fui en marzo. El 23 de marzo de 1960 exactamente me fui a Alcoy a hacer la “mili”, realizando un régimen de infantería. Estuve en transmisiones, es decir, me encargaba de las emisiones a través de la radio sobre todo, aunque, al principio, nos enseñaron taquigrafía; después, me dieron una radio individual que la llevaba cargada a la espalda, y, luego, una radio que iba instalada en un coche. En aquel transporte íbamos el chófer y yo para entender los mensajes



de la radio. Íbamos a los desfiles y a las maniobras. Estas las realicé en Albacete durante una semana, más o menos, y en Zaragoza. Mi radio la usábamos para comunicarnos con el general, por lo que si esta no funcionaba o se estropeaba no podíamos recibir las órdenes de nuestros superiores.

Durante esta época, yo seguía saliendo con mi mujer, Virtu, y nos comunicábamos por carta, las cuales tardaban en llegar dos días.

Estuve en Alcoy hasta que me licenciaron el 18 de julio del año siguiente, en 1961. La ropa que nos habían dado al comenzar el servicio teníamos que

entregarla obligatoriamente al terminar la “mili”, aunque estuviera rota o sucia. Teníamos un macuto con los útiles de aseo que teníamos que entregar igualmente.

Después de la “mili”, volví al taller y habían hecho reformas: habían buscado a dos muchachos principiantes en mi puesto y habían separado el taller de coches del taller de maquinaria, por lo que empecé a trabajar en el taller de coches. Me encargaba de apuntar los datos de estos vehículos, de los camiones,... que llegaban nuevos, además de que tenía que llevar la oficina. Mientras que seguía trabajando en *Talleres Martínez*, por las noches y hasta que me casé, trabajaba en otra oficina, la oficina de Antonio Soler, el cual tenía un almacén de curtidos.

### **Boda y viaje de novios**



Me casé con Virtu María Blanco el día 29 de julio de 1964. Las bodas de entonces no eran igual que las de ahora. Nos casamos bastante temprano, sobre las ocho de la mañana y, después de la misa, hicimos un banquete en un bar. Los banquetes de las bodas entonces eran de churros, chocolate y pastas. Cuando me casé, tenía veinticinco años y Virtu, veintiuno. Esa misma tarde nos fuimos de viaje de novios. Nos llevaron unos familiares de ella a Valencia, a una pensión, para el día siguiente coger un tren hacia Barcelona donde nos hospedamos en la pensión “Nueva York”. De Barcelona nos fuimos a Zaragoza, hicimos turismo por aquella zona algunos días y, posteriormente, marchamos a Madrid a ver a unos familiares que mi mujer tenía allí. Seguidamente, fuimos a Segovia a saludar también a unos primos de la familia y nos hospedamos en su casa durante dos noches y visitamos la ciudad. Por último, pasamos otra vez por Madrid a la misma pensión en la que estuvimos antes, porque les dijimos que íbamos a volver, pero el tren llegó con un poco de retraso y cuando llegamos, ya habían dado la habitación a otra pareja.

Entonces, cargados con las maletas, nos fuimos a buscar algún sitio donde dormir. Encontramos otra pensión y pasamos allí la noche; al día siguiente, regresamos a Villena.

### **Vida de casados**

Al llegar, nos instalamos en nuestra primera casa, en la calle de la Constancia. A los pocos meses tuvimos nuestro primer hijo, Manuel García María, en 1965; a los cinco años a nuestra segunda hija, Trinidad García María, en 1970 y, dos años después, a nuestro último hijo, Miguel García María, en 1972. Al casarnos mi mujer se dio de baja en la fábrica en la que trabajaba hasta entonces, pero, de vez en cuando, iba y hacía unas horas o se traía la faena a casa hasta que nació nuestro primer hijo que dejó de trabajar ya definitivamente. A los tres años de nacer Miguel, nuestro último hijo, nos mudamos a la casa en la que estamos ahora, pedimos un préstamo al banco para hacer una obra allí e hicimos un primer piso para la madre de Virtu y un segundo piso para nosotros; pero aún conservábamos la casa de la Constancia, pues la pusimos en venta pero no se vendió.

En 1971, Antonio Soler vino a mi casa y me dijo que se iba a independizar de la sociedad que habían montado, y me pidió que si trabajaba con él llevándole la contabilidad de la empresa; él me pagaba por horas también y con él cobraba más que donde estaba trabajando, así que hablé con mi jefe, dejé el trabajo y comencé a trabajar con Antonio Soler en su empresa hasta que me jubilé en el año 2002, un total de 31 años.

Actualmente, sigo viviendo en la casa en la que me mudé hace 43 años y tengo tres hijos que han hechos sus vidas, formando cada uno de ellos una familia: Manuel se casó con María Sáez, con la que ha tenido dos hijos, Pablo y Carlos García Sáez; por otra parte, Trinidad se casó con Jerónimo Hernández y de ese matrimonio nacieron dos chicas, Paula y Ana Hernández García; por último, mi hijo más pequeño, Miguel, se casó con Adela Ródenas y me dieron tres nietas más: Marta, Inés y Luz García Ródenas.



Parece mentira que esto hace cincuenta años no existiera, ¿verdad? No me arrepiento de ninguna decisión que he tomado en mi vida porque todas ellas me condujeron hasta donde estoy hoy y los momentos que estoy viviendo ahora no los cambiaría por nada en el mundo. ¿Qué más puedo decir? Vivo una vida feliz y tranquila junto con la gente a la que quiero y no me puedo quejar de nada.

**Haciendo este trabajo he aprendido lo que es de verdad el trabajo duro. He podido comprender mejor la vida de antes y ver por qué nuestros abuelos y padres aprecian tanto las cosas pequeñas de hoy en día. Además, me ha servido para saber más sobre mi familia, mis raíces y de dónde vengo. También me ha ayudado a conocer más a fondo a mi abuelo, Juan García Hernández, y a entender su forma de pensar actual.**

**La realización de este trabajo me ha aportado muchos valores, como apreciar lo que tengo, porque en comparación con hace cincuenta años estamos viviendo de maravilla, pues todas las comodidades que para nosotros ahora son imprescindibles, en aquella época ni se les ocurría que pudieran existir en un futuro. En definitiva, ha sido un enorme placer poder disfrutar de las tantas y tantas historias y anécdotas que mi abuelo Juan me ha contado.**